

LA CONSTRUCCIÓN DE LA SALUD: hechos, valores, deberes.

Diego Gracia

Hubo un tiempo en que los seres humanos pensaron que la salud y la enfermedad eran fenómenos puramente naturales. De hecho, ésta ha sido la idea más clásica en la cultura occidental. Cabría decir más, y es que constituye uno de los rasgos distintivos de esta cultura respecto de las demás. Los antropólogos han analizado las ideas de salud y enfermedad propias de múltiples culturas distintas de la nuestra, y parecen coincidir en que éstas siempre han buscado un "sentido" a hecho tan terrible como el de la pérdida del vigor físico, cuando no de la vida. Las interpretaciones más frecuentes en esas culturas fueron mágicas, unas veces, y religiosas, otras. Interpretación mágica es la que considera la enfermedad producida por una acción realizada a distancia, a través de procedimientos que varían según las culturas, y que siempre tienen como resultado la pérdida en grado mayor o menor del principio vital o del alma del paciente. Religiosa es, por otra parte, la idea de que la enfermedad es la consecuencia de un pecado cometido. Basta recordar los abundantes testimonios que tenemos de las culturas egipcia, israelita y mesopotámica, para advertir la importancia y extensión de tal punto de vista, especialmente en las culturas mediterráneas.

En todos los casos descritos se parte del supuesto de que la enfermedad tiene un "sentido" biográfico que necesita ser interpretado. Dicho de otro modo, se considera que no es una mera cuestión "física", o que la mera identificación de los trastornos físicos del enfermo no es suficiente para comprender lo que le está pasando. Esto significa que el "diagnóstico" no puede consistir en la escueta descripción de los síntomas, y que la "etiología" o causa de la enfermedad tampoco cabe identificarla con lo directamente visible u observable. La causa es más profunda que lo constatable a simple vista, y esa es la razón por la que el tratamiento tampoco puede consistir en el mero control de los síntomas físicos o somáticos.

Soy consciente de la tremenda simplificación del cuadro que acabo de dibujar. Su objetivo, en cualquier caso, no es otro que el de llamar la atención sobre un dato de la máxima importancia, a saber, que la enfermedad ha sido interpretada por la mayor parte de las culturas como una cuestión de "sentido", como algo directamente relacionado con el sentido de los actos humanos o con el sentido de la vida. Dicho en otros términos, se la ha visto casi siempre como un problema "biográfico" y no solamente "biológico."

Con formato: Derecha: 0,63 cm

El naturalismo occidental

Situando ese panorama como fondo, resalta en toda su originalidad la opción tomada, ya desde sus orígenes, por la cultura occidental. Ella ha sido prácticamente la primera y casi la única en interpretar la salud y la enfermedad como puros hechos biológicos. El contraste resulta tan llamativo que requiere un análisis detenido. El primer autor que tenemos noticia de que procediera de tal manera es Alcmeón de Crotona, un médico griego algo anterior al propio Hipócrates de Cos. Alcmeón es hoy más conocido como filósofo presocrático, a pesar de que, como ya advirtió Diógenes Laercio, "la mayor parte de los asuntos de que habla son de medicina; no obstante, algunas veces se ocupa de la naturaleza." (D-K 24 A 1). Pues bien, este médico y filósofo presocrático dijo, según el testimonio de Aecio, que "el mantenimiento de la salud se debe al equilibrio de las fuerzas: húmedo, seco, frío, caliente, amargo, dulce, etc.; y que, en cambio, el predominio de una sola produce la enfermedad. En efecto, el predominio de una sola de cada [pareja de fuerzas contrarias] es destructivo. Y la enfermedad sobreviene a causa del exceso de calor o frío, así como, en cuanto a la ocasión, de la abundancia o carencia de alimento; y en cuanto a la ubicación, en la sangre, en la médula o en el cerebro. También pueden sobrevenir por causas exógenas, como por ciertas aguas o regiones, o por esfuerzos o por tormentos o cosas similares a éstas. La salud, por el contrario, es la mezcla bien proporcionada de las cualidades." (D-K 24 B 4)

Los filólogos dan por originales de Alcmeón sólo dos palabras de este párrafo, *isonomía*, equilibrio, y *monarchía*, predominio. Alcmeón fue el primero, a lo que parece, que definió la salud como equilibrio interno y la enfermedad como desequilibrio de los elementos que componen el cuerpo humano. Es la primera definición "naturalista" de la salud y la enfermedad que conocemos. Nada de considerar necesaria la búsqueda de su "sentido". La enfermedad es siempre y necesariamente una cuestión de "hecho", la alteración de los componentes internos del organismo humano. Y como ese organismo es una estructura natural, una *phýsis*, decía un griego, la salud y la enfermedad son fenómenos pura y estrictamente "fisiológicos."

Si se analiza el contenido de los escritos fundacionales de la tradición médica occidental, los llamados textos hipocráticos, se verá que Alcmeón no hizo otra cosa sino expresar algo que resultaba a esa altura de los tiempos cualquier cosa menos extraño a los oídos de un griego ilustrado. De hecho, los llamados médicos hipocráticos aceptaron este punto de vista sin ninguna violencia, y dada la fama que inmediatamente adquirieron en su medio, hay que suponer que también resultaba razonable y normal en el medio en que esos médicos vivían y ejercían.

Hay un texto hipocrático particularmente significativo a este respecto. Es el titulado *Sobre la enfermedad sagrada*. El propio título nos indica que aún seguía viva la idea de que las enfermedades se hallaban producidas por agentes divinos, sobre todo en ciertos casos, y más en concreto en la epilepsia. Pero el objetivo del autor al escribir el tratado es, precisamente, combatir esta suposición, que a la altura de su tiempo considera ya

Con formato: Derecha: 0,63 cm

trasnochada. El texto comienza así: "Acerca de la enfermedad que llaman sagrada sucede lo siguiente. En nada me parece que sea algo más divino ni más sagrado que las otras, sino que tiene su naturaleza propia, como las demás enfermedades, y de ahí su origen." Adviértase el modo como está redactado el párrafo. El autor acepta el título de "enfermedad sagrada", porque es el arcaico, el tradicional o popular. Pero la denomina así no porque considere que es sagrada, sino porque otros, sin duda los menos ilustrados, la "llaman sagrada." ¿Y en qué consiste esa enfermedad, cuál es su origen? Exactamente en lo mismo que todas las demás, una alteración del equilibrio de la naturaleza del paciente. Ella, como todas las demás, "tiene su naturaleza propia." La enfermedad, pues, es un problema físico, fisiológico, no transfísico o metafísico, y menos sobrenatural. De ahí que añada: "Su fundamento y causa natural lo consideraron los hombres como una cosa divina por su inexperiencia y su asombro, ya que en nada se asemeja a las demás. Pero si por su incapacidad de comprenderla le conservan ese carácter divino, por la banalidad del método de curación con el que tratan vienen a negarlo. Porque la tratan por medio de purificaciones y conjuros."

¿Cuál es el objetivo de traer aquí estos párrafos? Aducir algunos breves testimonios a favor de la tesis que pretendo defender, la de que la medicina occidental, aún más, la cultura occidental, es la primera y prácticamente la única que se ha empeñado, ya desde sus comienzos, en interpretar la salud y la enfermedad como puros fenómenos naturales; es decir, como puros "hechos" físicos, carentes de "sentido". O por utilizar la expresión que antes adelanté, como fenómenos estrictamente "biológicos" y no "biográficos". Es curioso que cuando queremos analizar la dimensión de sentido de la enfermedad en la cultura griega, inmediatamente hemos de acudir a las tradiciones arcaicas, aún vigentes en la medicina popular de los hipocráticos. El libro de Luis Gil titulado *Therapeia*, es todo un monumento a lo que vengo diciendo. Y cuando Laín escribió su bello libro *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*, hubo de acudir a los textos de Platón sobre el ensalmo o a los de Aristóteles sobre la acción catártica de la tragedia, para encontrar atisbos de sentido.

Naturalismo y teleología

El asunto es sobremanera extraño, y no creo que pueda entenderse más que como reacción, ciertamente violenta, respecto de lo que los ilustrados griegos consideraban tradiciones y creencias arcaicas. En la *Ilíada* y la *Odisea* sí se encuentran alusiones al sentido de la salud y la enfermedad. Y como sucede en todas las culturas anteriores y distintas a la griega, esas alusiones tienen carácter religioso. La salud es un don divino, que hace a los hombres fuertes, armónicos, bellos, prudentes, sabios, etc. Es lo que los griegos entendieron por "héroes", personajes admirables que por su perfección merecieron el calificativo de semidioses, es decir, de personas muy queridas por los dioses y dotadas de cualidades extraordinarias por ellos. Tal el caso de Aquiles, en la *Ilíada*, o de Ulises, en la *Odisea*. Ésta es la creencia arcaica, tradicional. Ella es la que canta el poeta Hesiodo en sus versos. Pero el hombre ilustrado griego se distancia de este modo de interpretar los acontecimientos de la vida y opta por otro, el de que todo se debe a la armonía o disarmonía entre los elementos que

Con formato: Derecha: 0,63 cm

componen la naturaleza de las cosas. En vez de una interpretación sobrenatural, opta por otra puramente natural. Es tan interpretación como la otra, pero a él le parece más razonable y más humana.

La teoría de que salud y enfermedad son fenómenos puramente naturales o fisiológicos es tan teoría como cualquier otra, y por tanto resultado de una interpretación de la realidad. Posee, pues, un "sentido", pero ese sentido consiste en negar cualquier sentido distinto de la pura constatación de "hechos". El sentido se reduce al hecho, y el hecho dice que no tiene otro sentido que el de puro hecho. Y como la ciencia es un saber sobre los hechos, resulta que de ese modo la medicina puede convertirse en una ciencia, *epistéme*, y sobre todo en una técnica, *téchne*. La ciencia y la técnica médicas surgen cuando el sentido se reduce al hecho, al puro dato empírico constatable, poniendo entre paréntesis cualquier otra interpretación ulterior.

Ni que decir tiene que esta pretensión griega fue más un ideal que una realidad. Pronto volvieron a cobrar fuerza los nostálgicos del sentido, y la gran religión mediterránea, el judaísmo, y su nuevo retoño, el cristianismo, reinterpretaron el sentido religioso de la enfermedad. Los seres humanos han perdido su armonía originaria, dijeron, aquella con la que salieron de las manos del creador, y por tanto la tesis griega es irreal, utópica. La disarmonía del cuerpo y del espíritu de los seres humanos tiene una raíz, y esa no es otra que el pecado. Hay pecados actuales, pero hay también otro, cometido al comienzo de los tiempos, en la prevaricación de los primeros padres, Adán y Eva, que tuvo como resultado una cierta corrupción de la naturaleza humana, hasta el punto de que ésta no puede lograr la armonía perdida sin la ayuda divina. De ahí la correlación entre enfermedad y pecado. Laín Entralgo dedicó un bello libro a este tema hace ya muchos años.

Si seguimos el desarrollo de la cultura occidental, veremos, no sin sorpresa, que ha sido una lucha continua en contra de la búsqueda de sentido a la enfermedad. Su lema ha sido el no sentido del sentido, y el sentido del no sentido. El sentido se ha refugiado siempre en estratos distintos al propiamente racional o filosófico, como pueden ser la teología o las creencias populares.

Esto resulta tan paradójico, que es preciso burcarle una explicación. Y la explicación que se me ocurre es que ese no sentido trascendental o religioso de la salud y la enfermedad encerraba ya en sí mismo un sentido. Dicho de otro modo, lo que el occidental hacía era dar un sentido nuevo y distinto a esos fenómenos, su sentido natural. El adjetivo natural no significa aquí lo que hoy es usual. La idea de naturaleza del griego es muy distinta, casi opuesta a la hoy en boga. Los antiguos entendieron la naturaleza como algo armónico, perfecto, ordenado, y en tanto que tal sano, bueno y bello. Lo que al griego le resulta difícil es explicar la enfermedad, no la salud. Alcmeón comienza diciendo que la naturaleza se halla presidida por el principio de la *isonomía*, el equilibrio, y que la enfermedad es disarmonía. Lo cual significa que hace de la salud y la enfermedad dos clases disyuntas, y como resulta bien sabido en lógica, en

Con formato: Derecha: 0,63 cm

ese caso sólo una de las clases puede definirse positivamente, de modo que la otra lo es siempre por exclusión. Aquí la clase que se define positivamente es la de salud, y la que sólo tiene definición negativa es la de enfermedad. Salud es equilibrio, y todo desequilibrio queda incluido en la clase de la enfermedad.

Esto significa que los griegos tuvieron un concepto ideal de la naturaleza, y por tanto de la salud. Su idea de la naturaleza estaba llena de "sentido". No sólo por lo dicho, sino sobre todo porque pensaron, y Aristóteles es buen testigo en tal causa, que el dinamismo interno de las realidades naturales se halla dirigido por una causa interna, la llamada "causa final", el *télos*. Es interesante constar que cuando Aristóteles expone su teoría de las causas, de las cuatro causas, dice acto seguido que de todas ellas, la más importante es la causa final. De hecho, la naturaleza griega está regida por la teleología, su universo es teleológico. Y ese *télos* es el que da sentido a las cosas y los acontecimientos puramente naturales. No, no es que renuncien al sentido; es que inscriben el sentido en la propia naturaleza. El sentido se lo da a las cosas su causa final, su *télos*. De ahí que el orden de la naturaleza tuviera para ellos no sólo carácter "ontológico" sino también "deontológico"; no sólo decía cómo se comportaban las cosas, sino también cómo debían hacerlo, y cómo debíamos comportarnos nosotros en relación a ellas. Porque incluyeron el sentido en la realidad, es por lo que Moore pudo decir que caían de bruces en la que bautizó con el nombre de "falacia naturalista."

La crisis de la teleología

Los problemas graves comenzaron cuando la teleología se vino abajo. Entonces se produjo en Occidente una profunda "crisis de sentido." Esto sucedió, como es del dominio común, en el siglo XVII. Primero Galileo y luego Newton convencieron a todo el mundo de que el dinamismo de las cosas reales podía explicarse por la acción de meras causas eficientes. Éste es el gran argumento del libro de Galileo, *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, escrito en 1632. Se trata, por supuesto, del sistema ptolemaico y del copernicano. Pero el debate, más que con Ptolomeo, lo libra con Aristóteles. Toda su teoría del movimiento de los cuerpos es falsa, apriorística. Supone que hay un movimiento perfecto, el circular, y que ése es el que han de tener los cuerpos celestes, que en tanto que naturales son perfectos. Es la consecuencia de la aceptación del principio de que las sustancias se hallan regidas en su dinamismo interno por una causa final. No hay más que causas eficientes. Y éstas no pueden conocerse más que por experiencia. Toda la teoría de la causa final es una ingente especulación ayuna de fundamento.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Descartes fue completamente consciente de ellas, y por eso mismo merece el título de fundador de la filosofía moderna. Las cosas de la naturaleza no se rigen por causas finales sino por puras causas eficientes. Eso es lo que significa la expresión *res extensa*. Donde únicamente cabe hablar de causas finales es en el hombre, ya que por su inteligencia es capaz de proponerse fines. De

Con formato: Derecha: 0,63 cm

ahí que sea un tipo de realidad completamente distinta a la propia de las cosas de la naturaleza; es *res cogitans*.

En el siglo XVII la teleología desaparece del campo de la ciencia física. Pero permanece agazapada en el de la biología. No es un azar que en ese mismo siglo sea cuando aparece la llamada teoría preformacionista, aquella que afirma que los seres vivos están conformados completamente desde la fecundación y que el proceso embriológico lo es sólo de crecimiento y maduración. Los individuos vienen prefijados o preformados desde el primer momento. Ni que decir tiene que esto se afirmaba por motivos preponderantemente religiosos. De ahí que uno de los mayores partidarios del ovismo, es decir, de la teoría que, apoyada en el dato empírico de que el número de óvulos de un ovario viene ya determinado desde el primer momento y que a lo largo de la vida fértil de la mujer no hace más que decrecer, afirma que todos los seres humanos estaban ya preformados en los ovarios de Eva, lo que permitía, entre otras cosas, calcular el número total de seres humanos posibles. El autor de esta hazaña se llamó Jan Schwammerdam, y el libro que escribió llevaba por título *Bijbel del Natuure* (1737). Hubo otros que viendo la forma del espermatozoide bajo el objetivo del microscopio, creyeron encontrar en su cabeza un homúnculo ya perfectamente constituido. En fin, que muerta la teleología en el orden de la materia inorgánica, se refugia en el de los seres vivos. La vida, y en especial la vida humana, es un salto cualitativo de tal categoría que no puede regirse por las puras leyes mecánicas. Hubo que esperar a la obra de Darwin para que la teleología entrara en crisis en el mundo de los animales, seres humanos incluidos. Todo es obra de la selección natural, la adaptación al medio y la lucha por la vida. Y estos procesos son, en buena medida, azarosos. Esto, que en la obra de Darwin no se halla aún claramente formulado, irá ganando fuerza a partir de 1892, cuando August Weismann comience a poner las bases de lo que será la interpretación genética de la evolución a través del concepto de plasma germinal, base del llamado neodarwinismo.

El positivismo y el imperio de los "hechos"

El descalabro de la concepción teleológica del mundo es lógico que llevara a una filosofía en la que sólo se tuvieran en cuenta los llamados "hechos", y más en concreto los hechos "científicos". Tal fue el objetivo del positivismo. Una vez desencantado el mundo, perdida la teleología y con ella la cuestión del sentido, no quedaba más que el puro ateniimiento a los hechos y la reconstrucción del mundo a partir de ellos. Frente a las etapas anteriores de la historia de la humanidad, la mítica, en la que el sentido se había buscado por vía creencial, y la especulativa, aquella que comenzó en Grecia y para la que el tema del sentido se había resuelto en una dirección no tanto religiosa como filosófica, especulativa; una vez superadas estas dos etapas, pues, no quedaba otra solución que afirmar que el único fundamento firme de la vida humana eran los hechos, los hechos científicos, y que no había otros sentido que el que nosotros imprimamos a nuestros propios actos. De ahí el lema comtiano: *savoir pour prévoir, prévoir pour pouvoir*, saber para prever, prever para proveer. No hay otro sentido que el sentido humano. De ahí que los saberes científicos puedan ordenarse en

Con formato: Derecha: 0,63 cm

dos grupos, el de las llamadas Ciencias de la naturaleza, aquellas que se ocupan de los puros "hechos" naturales, y las Ciencias que se ocupan de los actos humanos, las llamadas en el ámbito francés Ciencias morales y políticas, y en el alemán Ciencia de la cultura o Ciencias del espíritu. Como los actos humanos son actos con sentido, las ciencias humanas han de ocuparse del sentido, pero si quieren ser ciencias ese sentido no lo analizarán en tanto que sentido sino como mero hecho; por tanto no se ocuparán del sentido en sí mismo sino del hecho del sentido. Un ejemplo aclarará esto. Los seres humanos proyectamos muchas cosas, entre otras, nuestra vida en común y, por tanto, nuestra organización política. La política no existe en la naturaleza, es una construcción humana, y en tanto que tal dotada de sentido. El sentido de la política consistirá en conseguir una sociedad justa, o una convivencia en libertad, etc. Esos diferentes proyectos con sentido dan lugar a las distintas opciones políticas. Pues bien, esos saberes se convierten en científicos cuando se estudian, no en su pura dimensión de sentido sino en la de hechos. Así, la sociología, que no por azar tiene en Comte a uno de sus fundadores, estudia el hecho de las opciones políticas de los ciudadanos (es un hecho, por ejemplo, que tal porcentaje opta por la teoría liberal, o por la socialista, etc.). El sentido, en tanto que sentido, no es objeto de abordaje científico, sino de opción individual, no justificable racionalmente. Nadie ha expresado esto de modo más claro que Max Weber, cuando en su conferencia "La ciencia como vocación" escribe a propósito del profesor universitario: "Ciertamente no cabe demostrarle a nadie de antemano cuál es su deber como profesor. Lo único que se le puede exigir es que tenga la probidad intelectual necesaria para comprender que existen dos tipos de problemas perfectamente heterogéneos: de una parte la constatación de los hechos, la determinación de contenidos lógicos o matemáticos o de la estructura interna de fenómenos culturales; de la otra, la respuesta a la pregunta por el *valor* de la cultura y de sus contenidos concretos, y, dentro de ella, de cuál debe ser el *comportamiento* del hombre en la comunidad cultural y en las asociaciones políticas. Si alguien pregunta que por qué no se pueden tratar en el aula los problemas de este segundo género hay que responderle que por la simple razón de que no está en las aulas el puesto del demagogo o del profeta."

Freud en su contexto

La obra de Freud surgió en este contexto, y no cobra su sentido histórico más que dentro de él. Lo que Freud pretendió a todo lo largo de su vida fue hacer una ciencia del sentido. No le interesaba el sentido en tanto que sentido, sino el sentido en tanto que dato objetivo, en tanto que hecho, en este caso, el hecho de productor de síntomas y alteraciones orgánicas. Tan no le interesaba el sentido en tanto que tal, que lo que indagaba eran fenómenos llamado inconscientes, e inconsciente significa no consciente, no voluntario, no querido, no proyectado. También cabría decir no dotado de sentido, puesto que el sentido es el carácter que damos a los actos proyectados y queridos, pero precisamente la genialidad de Freud estuvo en descubrir que había sentidos más allá del mundo de lo directamente proyectado y querido; que el sentido no sólo funciona en el orden de lo que Freud llamó el Yo, sino también en el del Ello. Freud se propuso elaborar la

Con formato: Derecha: 0,63 cm

ciencia de esos fenómenos inconscientes, poseedores de sentido, pero de un sentido muy peculiar, no directamente voluntario, no directamente querido, ni directamente proyectado o realizado. Éste es el hecho, y la ciencia que él se propuso elaborar lo era, precisamente, porque no buscaba analizar ese sentido en tanto que sentido sino sólo en tanto que hecho. Puro positivismo.

¿Qué significa esto? Significa que al psicoanálisis no le interesan directamente o en tanto que tales los sentidos que el paciente da a sus actos (sus opciones religiosas, morales, políticas, culturales, etc.) sino sólo el hecho de que ellos tienen efectos, y efectos objetivos no conocidos y no buscados por el propio sujeto, sobre su cuerpo y sobre su conducta. El psicoanálisis no es, o al menos no quiere ser, directamente beligerante en cuestiones de sentido, y por tanto no se plantea discutir las opiniones u opciones religiosas, culturales, políticas o de otro tipo de los pacientes, sino que su objetivo es única y exclusivamente terapéutico: busca elevar esos sentidos inconscientes al nivel de la conciencia, a fin de liberen buena parte de su carga emocional, de modo que puedan ser integrados por el propio sujeto en sus actos conscientes y dejen de tener un efecto desintegrador o perturbador sobre su vida psíquica, y por tanto sobre su vida en general. El sentido inconsciente es un sentido sin sentido, es decir, un sentido sin las características propias y definitorias de los actos humanos en tanto que actos con sentido: proyectados intelectualmente y queridos libremente. Su sinsentido está precisamente en esto, en que carecen de esas notas. Pero sin embargo poseen un cierto sentido, bien que inconsciente. Ese sentido inconsciente no sólo es sinsentido, en la acepción ya expuesta, sino que puede ser también un contrasentido. Ése es el origen del síntoma neurótico. Lo que la psicoterapia pretende es evitar el contrasentido, armonizar los diferentes estratos de sentido de las personas. Por eso el psicoanálisis es una *Deutung*, una interpretación, como vio Freud con toda claridad. Pero una interpretación peculiar, muy distinta de lo que es interpretar en el orden de los actos conscientes y libres, es decir, de los llamados actos humanos. Entre la hermenéutica de un Dilthey y la hermenéutica de Freud hay un abismo de distancia. Y ello, simplemente, porque uno va buscando el sentido consciente de los acontecimientos, y el otro el sentido inconsciente. Freud ha sido el gran descubridor de este segundo ámbito, y quien dio las reglas básicas del análisis e interpretación de ese sentido oculto de los actos humanos.

¿Qué deducir de todo esto? Que la cultura occidental ha tenido siempre un grave problema con el sentido. Rechazó, ya desde sus inicios, los sentidos que buscaron otros pueblos, que podemos denominar sobrenaturales o sobrenaturalistas. Ellos pusieron los fundamentos de una cultura profundamente naturalista. Querían atenerse a los hechos y nada más que a los hechos. Pero vimos que su idea de la naturaleza era muy especulativa, y que en ella se coló de rondón una idea que acabó dotando de sentido a toda la cultura antigua y medieval: la de finalidad de la naturaleza, la teleología de todas las cosas. Fue la ciencia moderna la que poco a poco expulsó a la teleología del mundo de la ciencia. Esto sucedió, en el siglo XVII, en el orden de la Física, y en el XIX eso se extendió a la Biología. No quedaba más que el espacio propio del ser humano como

Con formato: Derecha: 0,63 cm

espacio con sentido. Y hemos visto cómo Freud vio, en el interior de ese espacio, una parcela en la que el sentido era inconsciente y, por tanto, no obedecía a las leyes del sentido. Incluso en el ser humano había espacios sin sentido, o con un sentido que desde el orden de la conciencia se manifestaba muchas veces como contrasentido. Era el origen de los síntomas neuróticos.

Así las cosas, la gran pregunta, la pregunta aún no planteada y menos contestada, es la pregunta por el sentido. ¿Pero qué es eso que llamamos sentido? Porque puede suceder que la hipótesis positivista de que el sentido no es un asunto racional y, menos aún, científico, y que por tanto las Ciencias humanas no tienen por objeto analizar el sentido en tanto que sentido sino en tanto que hecho, ya que el mundo de la ciencia es el de los hechos, sea precipitada y carezca de verdadero fundamento. Y aunque así no fuera, eso no lo podremos saber más que si nos planteamos de frente la cuestión del sentido. ¿Qué es el sentido en tanto que sentido?

De nuevo en busca del sentido

Las cosas tienen realidad, la que sea, pero tienen también sentido. El sentido lo es siempre en la vida humana, en tanto que la realidad se supone más objetiva. Por eso el positivismo se empeñó en desterrar al sentido del orbe de la ciencia. El sentido es subjetivo, se decía, en tanto que la ciencia es objetiva. Esto no deja de ser una simplificación, y hasta una simpleza, pero así es como el positivismo pensó y como razona la mayor parte de la humanidad a partir de entonces.

Las cosas tienen sentido para el ser humano, cobran sentido en su vida. ¿Cómo y por qué? Parece que por pura necesidad biológica. Los animales viven ajustados al medio o desaparecen. Es el principio darwiniano de la "adaptación *al* medio", en el que es el medio el que selecciona a los mejor dotados. La selección natural la hace el medio, no el organismo biológico. En eso se diferenció siempre el darwinismo del lamarckismo. Pero en el ser humano sucede exactamente lo contrario. La función primaria de la inteligencia es biológica, y consiste en adaptar el medio a las necesidades del individuo y de la especie. Dicho de otro modo, en el ser humano, y ello por su inteligencia, la adaptación al medio se convierte en "adaptación *del* medio." Esa adaptación del medio es lo que llamamos cultura. La cultura es transformación del medio. Pero para transformarlo se necesita antes percibirlo, entenderlo y valorarlo. El hombre primitivo sintió frío y miedo ante los animales, vio que en su medio había piedras, pensó que podía construir con ellas un refugio, valoró que el construirlo podía mejorar su vida y lo hizo, lo llevó a la práctica. Haciéndolo, añadió valor al montón de piedras que tenía delante. Todo el proceso de transformación de la naturaleza en cultura tiene por objeto añadir valor a las cosas. Si el mundo natural es el de los hechos, el de la cultura es el mundo de los valores. La transformación de la realidad busca siempre añadirla valor. Esto lo vio muy bien Marx, y de ahí su interés por el fenómeno de la plusvalía. Tan es así, que todos nuestros actos, todo nuestro trabajo, está grabado con un impuesto sobre el "valor añadido." El trabajo añade valor. Todo lo que el ser humano hace sobre la tierra es añadir valor. Ahora podemos

Con formato: Derecha: 0,63 cm

entender algo mejor, quizá, el concepto de "sentido". El sentido se expresa siempre bajo forma de "valor". No es posible dar sentido a las cosas más que valorándolas. O dicho de otro modo: el contenido objetivo del sentido es siempre el valor. El término de los actos con sentido son los valores. O también, valorando damos sentido a las cosas. Valorar es un fenómeno complejo, en parte intelectual, pero también emocional y práctico. En la valoración intervienen las emociones tanto o más que la razón. Algo nos gusta o no nos gusta, lo apreciamos o lo despreciamos, no sólo por motivos intelectuales sino también emocionales. Y ello es lo que nos lleva a la acción. La inteligencia, como ya señaló Espinoza y remató Hume, no tiene capacidad para mover a la acción. De hecho, las emociones se disparan mucho antes que la razón, de donde la tesis de Hume de que la razón es de algún modo sierva de las emociones. Esto no tiene por qué interpretarse de modo peyorativo. Lo que significa es que en la acción tiene más fuerza el fenómeno emocional de la valoración que el cognitivo de la intelección. Algo que vio con toda claridad Scheler, cuando dijo que es el amor el que nos abre al mundo de los valores, el que nos descubre los valores de las cosas, y Ortega cuando, al comienzo de sus *Meditaciones del Quijote*, afirma algo muy parecido.

Hechos y valores

Los positivistas nos han obligado a distinguir los "hechos" de los "valores". Es, sin duda, una pura convención. Desde hace un siglo se viene repitiendo que esa distinción es un artefacto, porque no hay hechos sin valores, por más que nos lo propongamos, o por más que se lo hayan propuesto algunos. Loren Graham estudio este tema en la historia de la ciencia, lo que él llama la actitud "restriccionista" y la actitud "expansionista" en ciencia. La primera considera que las proposiciones científicas son *value-free*, y la segunda que son *value-laden*. La primera sorpresa de su estudio es que prácticamente a todo lo largo de su historia, la ciencia ha sido expansionista, y que los periodos restriccionistas se cuentan con los dedos de la mano. El más famoso e importante ha sido, sin lugar a dudas, el positivista del siglo XIX. Ni que decir tiene que en los periodos expansionistas se ha considerado que no hay hechos sin valores ni valores sin hechos, razón por la cual la diferencia no puede ser más que metódica.

Más complejo ha resultado siempre aclarar el concepto de valor. Aquí las divergencias se han disparado. Para unos se trata de una intuición pura, como la percepción de los colores, bien que de carácter no perceptivo sino emocional. Tal es el caso de Max Scheler. Como buen fenomenólogo, él pensó siempre que los valores son los noemas de una intención particular de la noesis que es la emocional, a diferencia de otras intenciones, como la perceptiva, que darían otros noemas, como los perceptos, las cualidades perceptivas. Esto es importante decirlo, porque en la filosofía analítica se ha extendido otra interpretación que coincide con la de Scheler en considerar que los valores tienen una base emocional, pero que a diferencia de lo dicho por éste piensa que sin carácter intencional. Serían la consecuencia, pues, de lo que Scheler llamó "estados emocionales", y no de "sentimientos intencionales." Tales son, por ejemplo, las posturas de Ayer y de

Con formato: Derecha: 0,63 cm

Wittgenstein. Se trata de meras "preferencias" sin valor cognitivo alguno. De ahí que se expresen frecuentemente en forma de interjecciones.

Como no podía no suceder, para otros, los cognitivistas, los valores son resultado de procesos mentales complejos; la valoración es una deducción intelectual, un juicio realizado ante determinados estados de cosas. Frente a los emotivistas, tanto fenomenológicos como no, se definen a sí mismos como intelectualistas o cognitivistas. Valoramos los actos por las consecuencias que generarán, dicen los utilitaristas, o por su adecuación a reglas o principios objetivos, como mantendrán los deontologistas puros. Mi opinión es que hay un poco de todo, que el fenómeno de valoración es complejo y que en él intervienen muchos factores, tantos como componen el psiquismo humano. Pienso que no es un fenómeno simple sino complejo, en el que desde luego juegan un papel fundamental elementos no sólo intelectuales sino también no intelectuales e, incluso, no conscientes.

Pero más allá de la explicación que demos del fenómeno, el caso es que todos valoramos, y que el valorar es resultado necesario de nuestra propia constitución biológica, de tal modo que sin ello no podríamos subsistir, nuestra vida sería imposible. Por más que resulte sumamente discutible su estructura, lo que es indubitable es que el fenómeno existe y tiene un carácter fundamental en nuestras vidas. No es posible decidir sin valorar. De ahí su enorme importancia.

Salud y enfermedad, ¿hechos o valores?

Vengamos ahora a los conceptos de salud y enfermedad. Se han intentado definir mil veces, sobre todo a partir del siglo XIX, como "hechos", como puros hechos. Tras lo dicho, resulta obvio que es un completo error. La salud y la enfermedad son tanto hechos como valores, aunque sólo fuera porque nada es puro hecho. El caso es que los médicos nos seguimos empeñando en considerar esos conceptos unilateralmente. Enfermo es quien tiene una lesión orgánica, o una disfunción, o una infección, etc.; en cualquier caso, algo evidenciable con métodos científico-naturales y, por tanto, objetivos. Es la consideración de la salud y la enfermedad como hechos "biológicos." Ahí no hay espacio para el sentido, ni para el valor. Se está sano o enfermo cuando se cumplen ciertos criterios objetivos, más allá de lo que uno piense, quiera, prefiera o valore esas situaciones. No es una cuestión de valor sino de hecho.

Pero por más que nos cueste reconocerlo a los médicos, eso no es así; es un hecho que no es así. De hecho, la percepción de la salud por parte de las personas está mediada siempre por valores. La idea de salud que hoy tenemos todos nosotros es distinta de la que teníamos hace diez años, y desde luego muy distinta a la de nuestras abuelas. Y cada vez se ve más claro que la idea de salud que tienen nuestros hijos es muy diferente a la nuestra. Y por si esto no fuera poco, bastaría con pensar en la definición canónica dada por la OMS: la salud como "un estado de perfecto bienestar." El bienestar, ¿es un hecho o es un valor?

Con formato: Derecha: 0,63 cm

Aún hay más, y es que los valores acaban repercutiendo sobre los hechos. Los valores generan síntomas objetivos. Es el tema de la medicina psicosomática y, más al fondo, del psicoanálisis. Los valores tienen poder patogénico, provocan alteraciones psicológicas e incluso somáticas. Esto ha planteado siempre un grave problema al psicoanálisis. Si los valores son causa de trastornos que generan gran sufrimiento en los seres humanos, ¿qué tiene que hacer el psicoterapeuta, cambiar los valores? Es el famoso tema de "ética y psicoanálisis." El psicoanálisis ha intentado siempre resolverlo apelando al concepto de la "neutralidad." En tanto que técnica, se limita a "interpretar" el sentido de aquello que sucede en el paciente, sin tomar partido personal por ello. Se ocupaba del "hecho", y de los valores en tanto que causa de los síntomas del paciente, pero no de los valores en tanto que valores. Más aún, tiene radicalmente prohibido el traspasar esos límites por razones que desde sus orígenes se consideraron "éticas."

¿Es posible la neutralidad axiológica?

No es mi propósito entrar en este complejo problema, para el que me faltan conocimientos, pero que tanto me interesa desde el punto de vista ético. Pero sí me gustaría dar mi opinión sobre él. Pienso que no es posible la traída y llevada neutralidad, en este campo como en cualquier otro. No hay modo de que el terapeuta, como el educador, como el amigo, o como cualquier otra persona, no sea beligerante en cuestiones de valor. Lo que tradicionalmente ha hecho la psicoterapia se parece mucho a lo que se ha estado haciendo durante algunas décadas en las escuelas norteamericanas, y algunas españolas, a propósito de la enseñanza en valores. El liberalismo a ultranza propuso, como es lógico, la más exquisita neutralidad. Como ésta no es posible, hace algunas décadas surgió el movimiento denominado de *value clarification*. El desamparo de los profesores de bachillerato era tan enorme que del manual de esta corriente se vendieron en los Estados Unidos más de un millón de ejemplares. La cosa consistía en clarificar valores, no en deliberar sobre los valores. Y la clarificación la entendían al modo del psicoanálisis y otras escuelas psicoterápicas: haciendo consciente al niño (en el caso de la psicoterapia, al paciente) de los valores en juego y sus consecuencias, pero sin formular ningún juicio de valor sobre el valor o sobre los valores de que se tratara. Hace años, Amy Guttmann escribió un libro *Democratic education*, en que se preguntaba si esto es correcto, más aún, si es imaginable. Pensemos, decía, que un niño llega al colegio diciendo que hay que exterminar a las poblaciones de color. Los profesores no pueden emitir juicio de valor alguno sobre el asunto, sino simplemente clarificar lo que está diciendo y buscar la coherencia entre ese valor y los otros de su personalidad. Y se pregunta Amy Guttmann: ¿es esto suficiente? ¿Queríamos nosotros enviar a nuestros hijos a una escuela así?

Supongo que todos estarán pensando en este momento en lo pantanoso que es este campo. Porque, se preguntarán, ¿qué otra salida queda, si no es ésta, la promoción, si no la imposición por la fuerza, de los propios valores? De la neutralidad, pues, a la coacción física o psicológica.

He ahí los términos del dilema; los términos en que este tema se ha movido en la literatura del último siglo.

Con formato: Derecha: 0,63 cm

El peligro de los dilemas

La cuestión está en que yo no creo que se trate de un dilema. Más aún, vengo defendiendo desde hace tiempo que no existen dilemas, que son rarísimos, muy infrecuentes, y que las más de las veces son el resultado de nuestra pereza mental. Hay, en efecto, un principio que describió Guillermo de Ockam, el llamado principio de parsimonia o navaja de Ockam, según el cual *entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*. Por más que fuera él quien lo enunciara, el ser humano lo viene aplicando desde que comenzó a pensar. De ahí que se le llame también principio de economía del pensamiento: de dos soluciones, la óptima es aquella que resulta más económica, la más simple. Es un principio estrictamente fisiológico: el organismo intenta economizar energía por todos los medios. De ahí la tendencia de la mente humana a simplificar en exceso las cuestiones. Ante un problema hemos de buscar las soluciones. Pero tendemos a reducir esas soluciones a dos, y además excluyentes y opuestas entre sí. Es lo que los escolásticos medievales denominaron el método del *aut, aut*, o esto o lo otro. Hasta tal punto es así, que las lenguas tienen procedimientos perfectamente establecidos para denominar los términos de un dilema, pero no para los trilemas o los conflictos con más cursos de acción posibles. Así, en alemán el dilema se expresa mediante la construcción: *entweder/oder*, y en inglés: *either/or*.

Pues bien, mi tesis es que los dilemas suelen ser fruto de la pereza intelectual, que lleva a sobreesimplificar los asuntos que nos traemos entre manos. Un conflicto, del tipo que sea, suele tener bastantes más de dos posibles soluciones, por más que nos empeñemos en reducirlas a dos. Estas dos, por lo demás, suelen ser extremas, incompatibles entre sí, excluyentes, razón por la cual marcan los límites entre los que se sitúan todas las otras posibles soluciones, que por eso mismo reciben el calificativo de intermedias. Éstas no podrán ser ya blancas ni negras sino grises, difiriendo unas de otras en cuestiones de matiz, que son las más difíciles de ver, las que exigen mayor esfuerzo al ser humano, y las que éste margina sistemáticamente. Pues bien, Aristóteles nos enseñó, y desde entonces es doctrina popular, que las soluciones óptimas suelen estar en el medio, y que las soluciones extremas suelen ser muy malas. Es algo que no deja de sorprenderme cada vez que lo pienso, que la mente humana tenga tanta facilidad para ver los cursos extremos, que son siempre subóptimos, y encuentre tanta dificultad en identificar los cursos intermedios, que suelen ser los óptimos.

Pero por esto mismo, hay que sospechar de todo dilema. En el caso de la psicoterapia y los valores antes hemos formulado uno, el de la neutralidad o la beligerancia: o se es neutral y se busca la mera clarificación, o de otro modo estamos tomando partido, optando, y por tanto imponiendo de algún modo nuestra propia opción o nuestro propio valor al paciente. Éste es el famoso dilema de la psicoterapia. ¿Qué hacer?

Quien busca la neutralidad lo hace en virtud del principio de que no se puede influir al paciente en cuestiones de valor, sino sólo manejar el "hecho" de que los valores generan síntomas, hacerle consciente de ello,

Con formato: Derecha: 0,63 cm

clarificárselo, lo que ya es terapéutico, incluso sin la toma de partido por ningún valor concreto. Quien es partidario de la beligerancia, dirá que ése es un procedimiento acomodaticio, que acaba armonizando al paciente con los valores imperantes en el medio en que se vive, por más que sean incorrectos, y optará por la propuesta de unos valores alternativos, que para él son los que acabarían no sólo con el conflicto que sufre el paciente sino con todos los conflictos.

Mi opinión es que ambas posturas son incorrectas. No deja de ser significativo que coincidan en un punto, en que sobre los valores no cabe discusión racional posible. Precisamente por ello unos consideran que deben permanecer neutrales ante ellos, sin tomar partido directo, y los otros que deben imponerse. Ambos aceptan el "hecho" de los valores, pero no están dispuestos a analizar los "valores" en tanto que tales, los valores en tanto que valores.

Frente a neutralidad y beligerancia, deliberación

De ahí que entre y uno y otro extremo, entre la neutralidad y la beligerancia, esté la deliberación. Sobre los valores puede y debe deliberarse. Los valores, ya lo hemos dicho, no son completamente racionales, pero sí necesitan ser razonables. Eso que el psicoanálisis tradicional se ha negado siempre a hacer, lo hacen hoy los llamados "consultores filosóficos", que actuarán mejor o peor, bien o mal, pero que intentan ocupar un espacio dejado por las propias técnicas psicoterápicas. No digo que a través de la deliberación se pueda curar un neurótico obsesivo. No todo en las neurosis puede ser accesible a la deliberación. Pero tan exagerado como eso sería afirmar lo contrario, que nada lo es, que la deliberación vale para las personas normales, que puede tener su cabida en los procesos educativos, pero no en la psicoterapia. Sinceramente, creo que eso no es correcto.

Deliberar es dar razones de las opciones de valor asumidas por uno mismo, a pesar de que sepamos que esas razones no son nunca completas o definitivas. Es más, cuando entramos en un proceso de deliberación y nos vemos en la necesidad de explicar las razones que apoyan nuestras propias opciones de valor, es frecuente que nos demos cuenta de que tenemos menos razones de las que creíamos. Esto es un gran antídoto contra el dogmatismo, al que todos tendemos de modo natural, especialmente cuando no nos vemos obligados a entrar en diálogo con los demás. Entrando en un proceso de deliberación comenzamos a conocernos un poco mejor a nosotros mismos. Por eso yo he dicho siempre que la deliberación tiene una enorme capacidad terapéutica, es un excelente procedimiento de autoanálisis, porque rebaja nuestras pretensiones omnipotentes y narcisistas. Ello permite, a la vez, que podamos estar en disposición de escuchar a los demás, que intentemos entender sus razones, las razones que hay detrás de sus propios valores. Los otros nos ayudan tanto más en un proceso de deliberación, cuanto más distintos son sus valores a los nuestros. Si todos pensamos igual, si hemos optado por los mismos valores, no podremos ayudarnos mutuamente. Nuestro diálogo consistirá en un puro acto narcisista de darnos mutuamente la razón. Los otros me ayudan tanto

Con formato: Derecha: 0,63 cm

más cuanto más distintos son sus valores a los míos. Y deliberando con él, es muy probable no sólo que acerquemos posturas, sino que enriquezcamos nuestros diversos puntos de vista, de modo que nuestros propios valores al final del proceso serán distintos, matizadamente distintos, a los que teníamos al principio. Ése es el rendimiento de la deliberación, la diferencia entre los valores del principio y del final. He defendido que la relación clínica, la relación entre médico y enfermo, es una relación de deliberación, y pienso también que la relación psicoterápica tiene que serlo. De no ser así, perderá mucha de su potencial eficacia.

Hechos, valores, deberes

Con esto, hemos desembocado en la ética. Hemos visto dos mundos, el de los hechos y el de los valores. Los valores son lo más importante que tenemos en la vida. Tanto, que en el fondo es lo único que tenemos. Como ya hemos dicho varias veces, en realidad los puros hechos no existen, y la teoría del puro hecho no deja de ser el resultado de un proceso de valoración, y no de los más agudos o inteligentes. Los valores constituyen nuestra individualidad, nuestra personalidad. Ellos son los que dan sentido a nuestras vidas. Por ellos vivimos y morimos; matamos y morimos. Es decir, por ellos actuamos. Los valores son la fuente de nuestra actuación. Y aquí viene el tercer elemento, el del deber. Es el nivel propiamente moral. El deber es práctico, y consiste siempre en la realización de valores. Es el dominio de la ética. La ética no trata de los valores sino de los deberes, entendidos como la realización de los valores. La disciplina que se ocupa de los valores se llama axiología. La ética trata de los deberes. Pero nuestro deber es siempre el mismo, optar por los valores mejores y realizarlos, llevarlos a la práctica. La ética, como ya sentenció Aristóteles, no trata de lo bueno y de lo malo, sino de lo óptimo. Nuestra obligación es siempre elegir el curso óptimo. El médico debe poner el tratamiento óptimo, y el juez dictar la sentencia óptima. No valen un tratamiento o una sentencia que no sean malos pero tampoco los mejores. Cualquier cosa por debajo de lo óptimo resulta incorrecta.

Hemos visto antes que la salud y la enfermedad son hechos y son también valores. Ahora tenemos que decir que son también deberes, es decir, que tienen también una dimensión moral. Es el último punto que necesitaba aclarar. Y es de nuevo una cuestión generadora de mucha psicopatología. Antes dije que el ser humano valora por pura necesidad biológica. No podemos vivir sin transformar la naturaleza en cultura, y eso exige imperiosamente el proceso de su valoración. Valoramos las cosas, y tras valorarlas las llevamos a la práctica, las realizamos. Cuando eso no sucede así, cuando hacemos algo sin haberlo valorado, cuando no hemos podido hacerlo, por ejemplo, por falta de tiempo, entonces decimos que no somos responsables de ello. De lo imprevisible no somos responsables. Ello se debe a un fenómeno muy profundo. Se trata de que el ser humano vive siempre bajo forma de proyecto. Esto es algo que la filosofía del siglo XX ha estudiado con gran detalle. Entre nosotros, los análisis más pormenorizados los hizo Ortega y Gasset. El tiempo del ser humano no es el presente sino el futuro. En el presente vive el animal, precisamente porque no puede despegarse de los acontecimientos, no puede tomar distancia de ellos y

Con formato: Derecha: 0,63 cm

proyectarlos. Por eso carece de moralidad. El ser humano vive bajo forma de proyecto. Está proyectado hacia el futuro, y por eso mismo tiene que proyectar sus actos. Esos proyectos ya sabemos en qué consisten, en transformar el medio en mundo, la naturaleza en cultura. Para ello, tiene que proponerse fines, los fines de sus acciones. Pero esos fines, externos a él, se vuelven siempre sobre él y le piden cuentas. Si al hecho de estar lanzado al futuro le llamamos "proyecto", al retorno del futuro sobre uno mismo pidiéndole cuentas cabe denominarlo "responsabilidad". Uno es la pregunta y la otra la respuesta. Cada vez que hacemos un proyecto, que fijamos un objetivo o nos proponemos una meta, salimos responsables de ello. Aquí tampoco cabe la neutralidad. Todo acto humano no sólo se compone de hechos y de valores, sino también de deberes. Por eso la moralidad es un constitutivo esencial e irreductible de la especie humana.

Del sentimiento de culpa al sentido de la responsabilidad

¿Qué o quién nos pide cuentas? La respuesta más clásica es que se trata de la "conciencia." La conciencia nos "remuerde", tenemos "cargo de conciencia", "mala conciencia", "conciencia de culpa", "sentimiento de culpa", etc. Permitidme que analice muy brevemente esta última expresión, generadora de tanta psicopatología. Se trata, en primer lugar, de un sentimiento, y de un sentimiento que total o parcialmente es inconsciente. Nos sentimos culpables, pero no sabemos muy bien por qué; más aún, nos sentimos tanto más culpables cuanto menos sabemos por qué, ni podemos evitarlo. De ahí el carácter tremendamente paralizante, inhibitorio y hasta destructivo del sentimiento de culpa. La culpa es siempre desmesurada respecto a nuestra capacidad de repararla. Por eso la culpa anula. Piénsese en la culpa religiosa. La teología dice que cuando uno realiza algo prohibido por la ley divina, comete una falta infinita, puesto que va directamente en contra de Dios; es así que Dios es una realidad infinita, luego la culpa es también infinita. ¿Cómo no sentirse anonadado ante ella? Si la culpa es infinita, nuestra capacidad de reparación resulta insignificante, nula. Ésta fue la experiencia de Lutero, y ésta también la de tantas neurosis obsesivas de contenido moral.

Personalmente he eliminado el término culpa de mis trabajos de ética. Frente al sentimiento de culpa, que cada vez considero más negativo y paralizante, propongo siempre el "sentido de la responsabilidad." Los proyectos que hacemos, los fines que nos proponemos, nos piden cuentas, y por tanto somos responsables de ellos. El término de la deliberación ha de ser éste, tomar decisiones responsables. Esta palabra es escandalosamente moderna. Los antiguos nunca la utilizaron. Por supuesto, no se encuentra en la obra de Platón, o de Aristóteles. Pero viene a coincidir con otro término ampliamente utilizado por este último, y en el que él cifraba el logro de la vida moral. Es la *phrónesis*, término generalmente traducido por prudencia, por más que cada vez se tengan mayores dudas sobre tal traducción. La prudencia de que habla Aristóteles no se identifica con lo que en castellano suele significarse con esa palabra. Llamamos prudente al que no arriesga, al que no nos dice todo lo que piensa, al taimado, que nada y a la vez intenta guardar la ropa, al astuto, etc. Nada de esto tiene que ver con el sentido aristotélico. La prudencia es el término del proceso de

Con formato: Derecha: 0,63 cm

deliberación. Si uno delibera bien, si asume valores razonables y, en caso de conflicto entre ellos, intenta salvar todos los valores en conflicto y no opta por uno extremo, es decir, si no elige un curso extremo y trabaja por hallar cursos intermedios, que lesionen menos ambos valores o los realicen más, si uno opta por el curso que al final de todo ese proceso considera óptimo, entonces, y sólo entonces, merece el calificativo de prudente. Como ése no es el sentido que con frecuencia el término prudencia tiene en nuestras lenguas, es hoy usual verlo sustituido en las traducciones de Aristóteles por otros términos, sobre todo por el de "excelencia". Una decisión óptima es una decisión excelente. Con ello no hay duda que se gana mucho. Pero mi opinión es que la mejor traducción de *phrónesis* a nuestra lengua es "responsabilidad". Frente al sentimiento de culpa, el sentido de la responsabilidad.

A modo de conclusión

Con esto he llegado al final del recorrido. He intentado mostrar la complejidad de los conceptos de salud y enfermedad, tan complejos como la propia vida humana. He partido de la asunción usual entre médicos de que se trata de términos factuales, que designan meros hechos. Los médicos han sido desde hace mucho tiempo los mejores discípulos de Wittgenstein, quien abrió su *Tractatus* diciendo que "el mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas." (1.1) Al comienzo de *Hard Times*, ponía Dickens en boca del industrial y benefactor de la ciudad, Mr. Bounderby, estas palabras dirigidas al maestro de la escuela, el señor Grandgrind: "Lo que yo quiero ahora son Hechos. No enseñes a estos niños y niñas otra cosa más que Hechos. Sólo los hechos son de utilidad en la vida. No plantes nada más, y arranca todo lo demás. Usted sólo puede formar las mentes de animales racionales con Hechos: nada más les será de utilidad. Este es el principio sobre el que he educado a mis propios hijos, y este es el principio sobre el que baso la educación de estos niños. ¡Aténgase a los hechos, señor!" Y remata poco después su arenga con estas palabras: "En esta vida, sólo tienen interés los Hechos, Señor; sólo los Hechos".

El médico tiende a pensar como el Sr. Grandgrind. Hemos visto, sin embargo, que nada en la vida es puro hecho, que junto a los hechos están siempre los valores, y que la salud y la enfermedad son también cuestiones de valor. Por eso tienen, además de realidad, sentido. Ese sentido no depende tanto de los hechos cuanto del modo como los valoramos e integramos en la vida humana. La valoración es un fenómeno sumamente complejo y no por completo racional. Tiene una amplia base emocional. Esto hace que se generen conflictos entre valores y dentro de un mismo valor entre razón y emoción. Estos conflictos nunca son por completo conscientes. De ahí la necesidad de descubrirlos, lo cual sólo es posible a través de un proceso de desenmascaramiento. Esto puede hacerse de, al menos, dos formas. Una es la pura "interpretación" o "clarificación", sin tomar partido por los valores en juego. Es la normal en psicoterapia. Otra es la "deliberación." Es la que yo considero más correcta. La primera, parte de la idea de que los valores son opciones personales carentes de cualquier base científica; no son hechos, y por tanto no cabe discusión sobre ellos. Lo único que podemos hacer es sacar a luz el origen de los síntomas

Con formato: Derecha: 0,63 cm

neuróticos, del sufrimiento del paciente, a fin de que éste tome conciencia de lo que le está pasando. Es la mera "clarificación" del conflicto o del problema, pero guardando completa neutralidad en cuestiones de valor, ya que sobre él no cabe discusión racional ninguna. Esto parece muy correcto, pero encierra en el fondo un sofisma. Se predica la neutralidad axiológica, pero a la vez se está afirmando que valores incorrectos son aquellos que generan los síntomas neuróticos, y por tanto se está haciendo una valoración, y no precisamente la más correcta. No es la más correcta, porque no se delibera sobre los valores en sí, sino sobre sus consecuencias para la salud de las personas. Se valoran los valores por las consecuencias patológicas que generan, no por lo que ellos puedan ser en sí.

Se preguntará alguien qué es eso de un valor en sí. Es un tema harto interesante. Todas las cosas tienen valor, pero los valores son de distinto tipo. Scheler distinguió dos grupos fundamentales de valores, que llamó valores instrumentales o por referencia y valores intrínsecos o valores en sí. Un fármaco tiene valor, pero por referencia a otro distinto de sí mismo, la salud, o la vida. Si no sirviera para curar, el fármaco no tendría valor ninguno, perdería todo su valor. Esto que se dice del fármaco vale para cualquier instrumento técnico. Las técnicas son meros valores instrumentales. Y los valores instrumentales están siempre al servicio de los llamados valores intrínsecos o valores en sí. Estos son aquellos que valen por sí mismos, que no están al servicio de otras cosas. Moore encontró una fórmula para identificar los valores intrínsecos. Se trata de ver si, caso de que desaparecieran de la tierra, creeríamos haber perdido algo importante, es decir, algo valioso. Un mundo sin belleza habría perdido algo importante; luego la belleza es un valor en sí, vale por sí misma. Y lo mismo cabe decir de la salud, la vida, la justicia, la paz, el amor, la amistad, la solidaridad, etc., etc.

Volvamos al caso del psicoanálisis. La pretendida neutralidad es falsa, porque el psicoterapeuta siempre valora. Valora negativamente aquello que produce los síntomas neuróticos; es decir, la valoración la hace no atendiendo al valor en sí, sino a las consecuencias que tiene sobre la salud física o psíquica del individuo, por referencia a ellas. Esto es correcto, pero no sé si es suficiente. Lo lógico sería ir algo más allá, y pasar de la valoración instrumental a la intrínseca. ¿Cómo? No hay más que un modo correcto, y es deliberando. La deliberación es el gran procedimiento de análisis de los valores en tanto que valores. Dista tanto de la abstención como de la imposición, de la neutralidad como de la beligerancia.

En la enfermedad intervienen siempre hechos y valores, y la relación clínica ha de concebirse como una relación de deliberación, en la que se identifiquen los hechos y se delibere sobre los valores, a fin de que éstos ganen en madurez y coherencia, y permitan a los pacientes actuar de modo más libre y responsable. Frente a neutralidad y a la beligerancia, deliberación. La deliberación no coarta la libertad de nadie, ni impone nada. Muy al contrario, parte del principio de que ningún sistema de valores es completamente coherente, y que por ello mismo los demás, dando razones de sus propias opciones de valor, pueden ayudarnos a madurar las propias e incrementar nuestra coherencia interna. Eso tiene un enorme poder terapéutico. Que es de lo que se trataba.

Con formato: Derecha: 0,63 cm